

Anatomía de un lector/a

Mónica Lavín

No se puede leer mientras uno es personaje y así vine a saber que no había teatralidad ni sociología ni periodismo ni sobreexposición, que sólo había escritura y que yo, perdida en una ciudad que conocía al dedillo estragada de mí misma, adquiría una extraña autonomía y era parte de esa ficción.

La novela más reciente de Rosa Beltrán, *Efectos secundarios*, es una experiencia de lectura sorpresiva y fascinante. Para mí, su novela más original y provocadora. Beltrán ha escogido la particularidad de la novela corta, incisiva como el cuento y capaz de desarrollar a un personaje como la novela, para contarnos la breve e intensa saga de un individuo de nuestro tiempo, de nuestro país, de nuestra escena cultural o mejor dicho del mercado de libros en que se ha convertido la escena editorial. La protagonista es una presentadora de libros, una apasionada de la lectura que ha hecho de la apología de novedades editoriales de éxito co-

mercial, básicamente libros de autoayuda, su oficio. No porque lo suyo sea ese tipo de publicaciones pero sí porque eso le es solicitado sin paga alguna salvo la esperanza de que le obsequiarán los libros que desea, muchos de ellos clásicos, que la editorial nunca le manda porque no circulan en el país, o no están en bodega, o porque quedan tres. Pero el presentador en cuestión que ha sido, como lo explica, secuestrado por la lectura, intenta referirse a los autores y obras de su devoción mientras presenta libros como *La felicidad es contagiosa* o *No conspires contra el gozo de vivir*. Pensarán que me he equivocado al mencionar a un presentador que había sido presentadora algunas líneas más arriba. Pero ello es deliberado, como lo es en las propias páginas de *Efectos secundarios*, donde el personaje que habla de sí mismo como un él de pronto es también una ella: la gorda para la mamá que le recrimina

que no se ha casado por estar metida entre libros. Justamente es ese poder de los libros de tomarnos para sí y convertirnos en los Raskolnikovs, Madame Bovarys, Quijotes, Kareninas de las páginas impresas, el que comienza subrayando Rosa Beltrán cuando el personaje lector, él o ella, es otro y está en Dublín, La Mancha, Rouen o Cuernavaca, bajo el poder transmutor de la creación literaria. A la par que su autora va señalando los rasgos que definen a un lector, y haciendo de ellos la esencia del personaje, ella o él son lo que leen, y relatan la progresiva batalla por defender las lecturas esenciales del lector/lectora contra el avasallamiento de libros por presentar donde cada uno, como reza el cintillo, es el libro más leído del mundo: la realidad atroz de muertes acumuladas, de cuerpos decapitados, de mantas en puentes, de espacios minados que se va desplegando frente al personaje quien se resiste a ella:

En un país que se hace experto en la recolección de cadáveres, yo reúno palabras. Oculto con esmero frases perfectas como joyas, frases que tomaron años, a veces siglos en gestarse. En ocasiones las pongo unas junto a otras, las veo actuar de conformidad y volverse ávidas, audaces. Veo partir versos como tigres o acobardadas líneas de corazón de pollo como las de Lear ante la certeza de la caída.

Rosa Beltrán otorga al personaje que nos va contando su quijotesca defensa de los clásicos, de esos libros que al decir de Borges son aquéllos a los que por misteriosas razones las diversas generaciones acuden con el mismo asombro, una voz que nos comparte la operación física y mental de leer. Ésa donde los ojos andan a sus anchas por

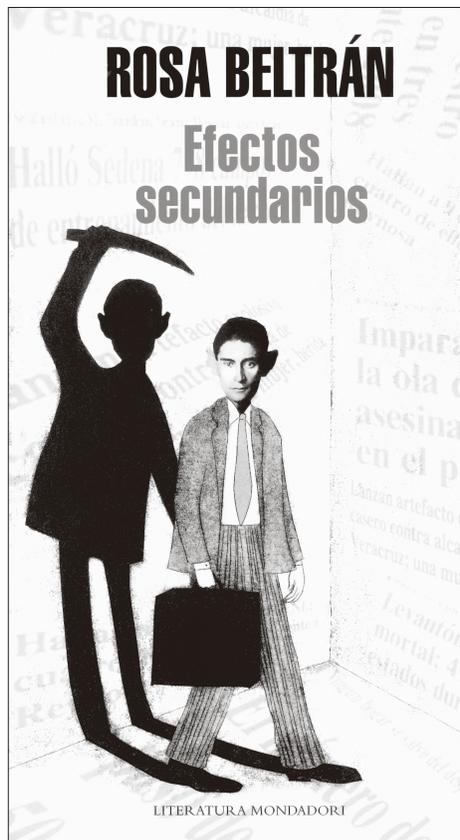


Rosa Beltrán

los signos que descifran, mientras el cerebro los acompaña o confronta: “Una vez abierto el libro, echo los ojos a correr por su cuenta y los dejo libres, como adolescentes que se estrenan en la vida”. Hasta que ya no es posible detenerlos sólo en el impreso, que es la ficción, pues mientras ésta transcurre, en la otra esfera, la del *allá*, los muertos y las marchas de los deudos y los ciudadanos solidarios agredidos por el miedo o la pérdida crecen y ahora los ojos intentan descifrar ese libro que es la realidad, la más vendida, la más leída de todas. Esa realidad que congrega a todos los lectores en un mismo escenario. El libro que están leyendo, a pesar de no leerlo. Un cintillo (“el libro más leído”) que no es necesario colocar porque la realidad absurda de un México secuestrado por una guerra entre narcos, contra narcos, se vende solo.

¿Es la ficción una manera de leer la realidad o es la realidad una manera de la ficción que leemos aunque no nos lo proponemos? Aquel mundo que nos rebasa porque se escribe sin que se escriba o porque siempre se está escribiendo así como siempre se está leyendo más allá de los bordes del impreso o la pantalla es la paradoja donde Rosa concentra su original mirada, su reflexión profunda acerca de nuestro presente: la banalidad y la búsqueda de antídotos para una vida mejor en libros que refieren a la visión positiva, a lo esotérico, a lo que se puede convocar en varios pasos conducidos por quien afirma tener una manera de estar en este mundo cuya lectura nos aterra. Un mundo que ya no es el verdadero porque a diferencia del “corazón de la verdad a la que permiten llegar los libros”, el mundo de fuera es pirata: copias del original (como en el espléndido cuento de Sontag, “Muñeco”, donde las copias son liberadoras del original: el hombre que los manda a hacer a su imagen y semejanza); cirugías plásticas, piratería.

Tan pronto siendo Gregorio Samsa que no quiere ir a la oficina, o Amelia la ruda del café triste enamorada de su primo el jorobado Lymon, o el cónsul emborrachándose y cayendo en el lodo de las calles, la autora se permite el privilegio de convocar a su canon literario, a Tolstoi, Chéjov, Durrell, D.H. Lawrence, Flaubert, Carrol, Lowry, Proust, Joyce, Wilde, Woolf, Stevenson, pa-



ra desde las cartas a Colette, desde la cárcel de Reading, descifrar por qué cada libro que llega es el más leído del mundo; quién está mintiendo y cómo puede el protagonista montarse en esa mentira donde su palabra, su experiencia lectora será lo que menos importe en el escenario mediático donde las presentaciones se cancelan porque hay tanto público que mejor será que el autor firme libros, o porque nadie llegó, o porque nadie avisó que el autor estaba enfermo. Puestas en escena efímeras donde lo que menos va importando es la verdad literaria porque lo que va ganando es el deseo de vender, como en otro terreno un mundo como un abismo infernal es el que nos ha tomado por asalto. Ante ello, Bradbury y su quemazón de libros a los 450° Fahrenheit palidece. La realidad quema la dignidad donde todos somos personajes.

En esta inteligente transmutación de la esencia lectora en un país que pide leerse a gritos, el personaje presentador toma conciencia de su transformación en personaje de una realidad en la que no puede decidir su destino. Sus ojos han sometido al cerebro para que acepte lo que a nosotros, lectores secuestrados por los efectos secundarios de la novela, nos está pasando. Mientras leía-

mos sobre un personaje que leía el libro más leído del mundo nos hemos tropezado con lo evidente. Somos parte de la trama del gran libro país que nos tiene secuestrados. La posibilidad redentora de la literatura que busca hurgar en el corazón humano no encuentra la manera de hacerlo con esta nueva historia. No existe refugio alguno. Antes de llegar a esta epifanía del personaje yo, como ella, me enredo en los subrayados, son mis boyas, pequeños brotes en el vacío para no despeñarse, a decir de la autora. Un libro sobre libros, una novela corta para lectores o para volverse lector. En ésta, la más original de las novelas de Rosa Beltrán, que toma el pulso a la realidad desde la literatura, me atrevo a decir que inaugura una manera de mirar y de contar que hace del presente reciente y del leer sobre leer sintetizando y abrevando de las miradas de los clásicos y de la crónica de pesares actuales, material literario. En esta situación articulada con inteligencia estructural, con el humor fino y la sencillez narrativa que caracteriza la escritura de Rosa Beltrán, hemos asistido al espejo que nos devuelve nuestra imagen de lectores a los que su autora nos ha tomado el pulso, como lectora que es, como lectora de una realidad en la que siempre está hurgando para descifrar quiénes somos. Y ha otorgado a la realidad que nos rebasa el carácter de ficción. Una ficción que no es de este mundo. Pero si bien parece no haber remedio, Beltrán deja ver que el horizonte de la literatura y la realidad atroz se confunden cuando el personaje duda si los muertos de la literatura se encontrarán con los muertos de la vida. Y sabiendo que el padre literario de las letras de este siglo y la segunda mitad del pasado fue Juan Rulfo, convoca a la tradición a la literatura, porque el protagonista busca a su padre en Comala donde las voces de los muertos todas se unen en el libro más leído en el arranque de la segunda década del siglo XXI en México. Tal vez por ello, me tope con su colocación, absurda como para reiterar la mirada de Beltrán, en una tienda que vende de todo (incluso libros), en el estante de ciencia ficción. Podrán reír mientras leen a esta autora y podrán desear que realmente fuese ciencia ficción, pero sus ojos exigirán otra cosa. Los efectos secundarios de la lectura se dejarán sentir. **U**